

vida por culpa mía. ¡Pero no esperéis engañarme todavía, Ursula ha desaparecido para mí, sí; pero no para vos, y todo me confirma, todo me prueba que el raptor sois vos mismo!

— ¡Yo! exclamó M. Gigant encogiéndose de hombros; ¡y yo sería el primero en advertirte, á riesgo de empujarte á alguna extremidad que comprometería mis negocios!... Vamos, vamos... tú desatinas, hija mía.

— ¿Y sé yo cuáles son vuestros planes oscuros, y hácia qué fin infernal caminais, y si la pérdida de Ursula no es necesaria á vuestro intento? ¿Sé yo si no queréis hacer de ella una esclava de vuestras intrigas como de mí habeis hecho? ¡Ella, mi Ursula, mi paloma blanca, sumerjida en la ignominia á que yo me veo reducida! ¡Oh! no, no, M. Gigant; sois muy fuerte y yo muy débil; ¡pero os juro que eso no será!...

M. Gigant no juzgó oportuno responder á este ataque ferroz, se encogió de hombros nuevamente y esperó.

— Vamos, prosiguió Nini Moustache, ¿qué es menester hacer para que me la devolvais? Se me ha dicho...

— Aquí anda algun duende, murmuró M. Gigant.

— Se me ha dicho que ese oro robado á M. de Puysaie, — el precio de mi infamia, mi parte de botín, — tratariais de quitármelo, y que para llegar á ese objeto me amenazariais con la ventura de mi hermana. Pues bien, ese oro lo traigo conmigo. Ahí tenéis los billetes de banco, el precio de la casa, las joyas y todo.

Y arrojó un voluminoso legajo sobre el bufete.

— ¡Tomadlo! Así como así, ese dinero me quemará las manos, y desde que he cedido á esa tentación infernal, ya no duermo. Pero ahora que ya no puedo nada para vos, ahora que ya no me queda en el mundo mas que el vestido que tengo puesto, dejaos enternecer. ¡Devolvedme á Ursula, devolvedme á mi hermana! y ¿quién sabe? quizás tenga el valor de perdonaros todo el daño que me habeis hecho.

Siempre el mismo silencio de parte de M. Gigant.

— Pero ¿qué os es necesario? ¿qué exigís? ¡Hablad! presentad vuestras condiciones. ¿Qué vais á reclamar de mí para imponerme semejante tormento? ¿Hay todavía algun otro á quien arruinar? ¿Es menester que vuelva á ponerme bella, que enjugué mis ojos y que me sonría? Pues bien, sea así. Volveré á comenzar: suspiraré, reiré, cantaré; me llamarán todavía la loca Nini Moustache. ¡Oh! no temais nada, no me rebelaré, no perturbaré vuestros proyectos por mis escrúpulos necios; pero, por favor, devolvedme á mi hermana.

Ciertamente M. Gigant no era tierno; no obstante, á su despecho, ese dolor tan sinceramente afflictivo le conmovia, y con emoción casi verdadera respondió:

— Os juro que si la cosa estuviera en mi poder, os la devolvería sin condicion; pero ignoro absolutamente lo que ha sido de ella.

Nini Moustache se había arrodillado á sus piés; pero se levantó bruscamente:

— Está bien, dijo, y puesto que sois inclemente, yo sé lo que me queda por hacer.

Mientras habeis sido fiel á vuestras promesas, os he servido tambien por mi parte fielmente. Hacia mal, era cobarde, no por mí, sino por Ursula. ¡Imprudente! ¿creéis quizás sujetarme mejor quitándomela por segunda vez? — Adios, renuncio á salvarla: perdida hoy, perdida mañana, al fin debía serlo un día ú otro por vos, que ensuciais todo lo que toca vuestra mano. Pero acordaos, M. Gigant, que no renuncio á vengarla.

Vuestros planes no los conozco, pero los adivinaré, estad seguro de ello; y tened por cierto que entre vosotros y vuestro éxito siempre me encontrareis interpuesta.

Os he sido fiel instrumento, os seré tambien fiel enemiga, os lo juro; y si yo soy demasiado débil por mí sola, yo sé dónde encontraré ayuda tan omnipotente que os destruirá por completo.

Y sin esperar la respuesta de M. Gigant, sorprendido por este brusco cambio de tono, salió sin siquiera inquietarse de los billetes de banco que cubrían el tapete de la mesa.

— ¡Véte! ¡véte! hija mía, murmuró el hombre de negocios viéndola salir, tus dienteitos son muy débiles para morder en mi acero; en cuanto á los amigos con quienes cuentas, tus pasos me los darán á conocer... se verá si son mas temibles.

— No importa, continuó, quedándose pensativo, ya está la partida empeñada, *alea jacta est*. He perdido la primera jugada. Es claro que sobre ese *me han dicho* misterioso se funda toda su esperanza; que ese *me han dicho* es quien la ha predispuesto contra mí; que él es quien, en el negocio Puysaie, le ha inspirado esos escrúpulos de virtud que no hubiera encontrado enteramente sola en su conciencia. Pues bien, veremos á ese ser misterioso, pues sin duda alguna no pasará el día sin que vaya á contarle su bella algarada.

Al mismo tiempo que hacia estas rápidas reflexiones, M. Gigant habia tomado su gaban, cuyo cuello levantó cuidadosamente; cerró la puerta de su gabinete particular, descendió las veinte gradas de la escalera é inspeccionó las aceras á derecha é izquierda.

Los pliegues de un vestido negro de seda penetraron en este instante en el pasaje Jouffroy. M. Gigant corrió vivamente en persegimiento de ese vestido, que le pareció reconocer, y se apercibió con satisfacción que no se habia engañado.

Era Nini Moustache, Nini Moustache que iba hablando sola y siguiendo rápidamente la galería de cristales del pasaje.

Con paso tranquilo M. Gigant la siguió, teniendo cuidado de no apresurarse, de miedo de que se apercibiera de su espionaje, quedándose detrás para que ella no oyese sus pasos siguiendo á los suyos, pero teniendo cuidado tambien de no perderla de vista.

X

FUROR DE LEONA.

En la hora misma en que M. Gigant, Toinon y el coronel Fritz se daban cuenta mutuamente de sus trabajos, un conciliábulo del mismo género se reunía en casa de la bella Aurelia.

M. de la Cruz le refería, con todos sus pormenores, el rapto de Ursula y el de Pippione, trasportada por él al domicilio de madama Lamouroux; y la fiel Postel, que no era otra, nuestros lectores lo recuerdan sin duda, sino madama Jacquemin, oculta bajo este falso nombre para librarse de las brutalidades de su hijo Luis, le daba noticias de la condesa de Puysaie.

— La señora condesa, decía, ha llorado mucho el primer día, pero ahora la calma del *Refugio* ha descendido sobre ella; nuestras hermanas la han fortificado y consolado. Tiene confianza en vos como nosotras todas, y pone en vuestras manos no solamente su suerte, sino tambien la de seres mucho mas queridos, la de su marido y la de sus hijas.

— Está bien, dijo Aurelia. Tengo nuevas instrucciones que darle, voy á escribirla. Esperad un poco, mi querida Jacquemin, la llevareis mi carta, y cuento con vos para decidirla, en el caso en que las órdenes que voy á enviarle le parecieran demasiado penosas y difíciles de ejecutar; mientras tanto id con José, él tambien tiene bastantes cosas que deciros de vuestro hijo, y espero que las noticias que os dará os causaran placer.

Tendió la mano para despedir á José y á madama Jacquemin. Esta se apoderó de ella y la llevó respetuosamente á sus labios.

— Por todo lo que hagais por él, señora, sed bendecida.

Aurelia quedó sola en su tocador; en derredor de ella se desplegaban todas las flores delicadas del lujo; la seda y el raso hacían reflejar sus colores brillantes á lo largo de las paredes; en el tocador los frascos de oro y de esmalte, llenos de perfumes sutiles y raros, hacían jugar la luz en los ángulos de sus cinceladuras. En este sitio encantador todo hablaba á los sentidos deliciosamente enervados. Pero, pálida y desdeñosa, indiferente á todos los refinamientos de la riqueza en medio de los cuales parecia como una extraña reflexionaba profundamente.

En aquella hora estaba sola, podia dar libre expansion á su fisonomía, no tenia que representar ningun papel, odioso ó simpático. No era ya la suntuosa condesa de Monte-Cristo, ni la cinica Aurelia, ni la angelical madama Lamouroux; volvía á ser Elena. ¡Pobre Elena!

¡Nada ya de comedia! ¡Oh frente serena! puedes tomar las arrugas profundas de tu incurable, de tu inmortal tris-

teza; labios, no tenéis ya necesidad de sonrisa; tristes ojos que tanto habeis llorado, podeis conceder á la aridez de vuestra desesperacion el consuelo de una lágrima.

Pero no, ¡desgraciada! vuelve á tomar la mision que te has impuesto, ponte de nuevo tu máscara indiferente ó irónica. ¡A tu papel! Tu tarea no está concluida. Olvida tus dolores, piensa en los de los demas.

Un ruido de voz se oyó al otro lado de la puerta. Aurelia reconoció el eco de Nini Moustache, y fué ella misma á abrirla.

— ¿Qué me queréis? dijo friamente.

Extenuada por la emoción y por la rapidez de su correría, Nini se habia dejado caer, en cuanto entró, en un sillón. Esta pregunta la hizo brincar.

— ¿Lo que quiero? Que me des una prueba del poder de que te has jactado devolviéndome mi hermana. Hé ahí lo que quiero.

Aurelia se sonrió imperceptiblemente.

— ¿Tu hermana? Vete á pedirselá á M. Gigant.

— ¡Ah! ¡no me habia yo engañado! es él, verdaderamente él; pero tú me ayudarás, ¿no es así, Aurelia? Tú me diras dónde la ha ocultado, yo misma iré á buscarla, á arancársela á los raptos, y esta vez no la abandonaré, huirémos las dos muy lejos. ¡Oh! que venga á volverla á coger cuando yo la tenga entre mis brazos, contra mi corazón.

Esta súplica apasionada no pareció conmovér á Aurelia, y plegando desdeñosamente sus labios que mordió con sus dientes blancos:

— Tú has tenido mas confianza en M. Gigant que en mí, la respondi, á él es pues á quien debes ir á pedir hoy ayuda y piedad. En cuanto á mí, yo no te conozco.

— ¡Oh! es verdad, exclamó Nini Moustache arrodillándose, he sido cobarde desde el primer paso en la vida que tú me indicabas, y que yo te habia prometido seguir, he vacilado, he flaqueado, te he vendido. ¡Oh! pero si eres realmente la que me has aparecido, la que me hizo oír palabras que parecían caer de una boca divina, tú debes ser celestialmente misericordiosa. ¡Oh! ¿qué hay de comun entre los rencores humanos y tú, que marchas tan alto y por tan encima de nuestros vicios? Sí, Aurelia, yo te he hecho traición, y he sido inmediatamente castigada muy cruelmente; pero si tú conocieras á ese hombre, y la energía de hierro bajo la cual me ha doblegado durante tantos años, tú me excusarias, tú me perdonarias. Me fascina, te digo. Delante de él no tengo ni voluntad, ni fuerza, ni ánimo, ni conciencia, ni nada. ¡Oh! pero ya he roto en fin el pacto, le he roto esta mañana misma y para siempre jamás; he amenazado á M. Gigant, me he atrevido á amenazarle. A esta hora, todo retorno hácia él es imposible, y vengo á tí, Aurelia, toda entera y de todo corazón. No obedeceré mas que á tí, no escucharé mas que á tí, yo me haré tu sirviente, tu perro, tu esclava, si me devuelves á mi hermana.

— Si yo te devuelvo á tu hermana, replicó Aurelia con la misma sangre fria implacable, desde el día siguiente me volverás á faltar como me has faltado. Jesus mismo fué renegado tres veces, y yo no soy Dios como él. ¿Crees tú que no

te conozco, alma débil, corazón voluble? ¡Oh! es verdad, durante un instante te he creído casi fuerte, te he tendido la mano para levantarte; pero la experiencia me basta; tú no estás todavía bastante apta para el bien, tus resoluciones virtuosas no tienen más consistencia que tenían tus caprichos de desórden. Esperaré...

— ¿Esperarás?... y ¿qué esperarás?

— Esperaré hasta que tu alma sin fuerza se haya empapado en la angustia y el dolor; esperaré hasta que esa desesperación teatral, en la cual no creo todavía, haya llegado á ser un sufrimiento tranquilo y sincero; esperaré á que tus gritos de melodrama sean ciertamente lágrimas silenciosas; esperaré, en fin, á que tus promesas ardientes cuyo resultado he visto ya, se hayan cambiado en obras eficaces. Entonces, pero solamente entonces, podrás volver, y quizás te ayudaré.

— ¡Ah!; tú me abandonas también! estoy perdida, ¡tú me abandonas! exclamó.

Y se sonrió amargamente.

— ¿Has pensado seriamente en sostenerme? ¿tenías poder para ello?

— Ya ves bien que todavía estás dudando, dijo Aurelia encogiéndose de hombros.

— Y ¿cómo no había de dudar? tú vienes á mí, me prometes una protección, por decirlo así, providencial, una protección á la cual un ser ordinario, no teniendo sino el poder humano, por grande que fuese, osaría apenas comprometerse. Tú debieras hacer por mí... milagros, — yo no encuentro otra expresión, — ¿pues no es un milagro el reparar todo el mal que he causado, arrancarme de la complicidad tenaz de M. Gigant, curar á Jacquemin de ese amor que le roe el corazón?... Todo eso tú me lo has prometido.

— Yo te lo he prometido, dijo friamente Aurelia. ¿Después?

— Después, cuando busco el interés que te impulsa, tú me respondes con yo no sé qué misión que te has impuesto, te transformas á mis ojos en un ser casi sobrenatural bajado á la tierra para lavar los pecados del mundo, — ¡locuras! — que he sido bastante simple para creer; — pero ahora reflexiono, tus alas blancas se han caído, tu aureola se ha extinguido, y yo ya no encuentro en tí más que una mujer como las demás... como yo, — como yo manchada y envilecida, — y entonces... mira, ¿quieres que te lo diga?... pues bien: tú también, para mezclarte en esas intrigas, tienes algún objeto secreto al cual querías hacerme concurrir, — bueno ó malo, lo ignoro, pero yo lo creo malo, pues no se hacen tantos misterios sino cuando se prosigue una obra mala. A esa obra yo consentía, y consiento todavía en asociarme; pero en fin yo quiero también presentar mis condiciones. — Lo que tú deseas, en lo que pueda yo ayudarte no me concierne; bueno ó malo, yo lo haré si me devuelves á Ursula, si tú la arrancas de las garras de M. Gigant.

— Ya está hecho, respondió Aurelia con la misma sangre fría imperturbable. — ¡Ah! tú que dudas de mí, tú que la primera has faltado á nuestro pacto, ¿sabes lo que he realizado para tu regeneración, para la de Jacquemin y para la

salvación de tu hermana? Sí, Ursula iba á ser objeto de un rapto en casa de los Gosse, parientes de ocasión, de probidad dudosa, pero en cuya casa al menos no se la perdía de vista. Sí, sin mí, á esta hora, te sería robada para siempre, estaría envilecida quizás. Pues bien, mientras que me hacías traición, yo te permanecía fiel, tu falta de palabra no me redimía á mis propios ojos; velaba por tí, por tí obraba, y esta protección de que dudabas poco há era eficaz.

Ursula no está ya en casa de los Gosse, es verdad, ha desaparecido esta noche. No está tampoco en poder de M. Gigant. Está en el mío. La han llevado, por mis órdenes, á un retiro seguro, donde no la encontrarán, y donde vivirá bajo una tutela más honrosa que la de madama Gosse, hasta el día en que, confiando por fin en mí y regenerada tú misma, yo pueda decirle sin que tú tengas que ruborizarte ante ella: — «Ursula, hija mía, abrazad á vuestra hermana.»

— ¿Es bien cierto todo lo que me dices?

— ¿Lo dudais cuando yo lo afirmo? dijo Aurelia con tal altivez y una dignidad tan poderosa, que Nini Moustache quedó convencida.

— ¡Oh! entonces, perdonadme mis desconfianzas y mis dudas... perdonadme. Pero puesto que sabéis donde está Ursula, puesto que desde hoy podéis tranquilizarme, puesto que habeis realizado á medias el milagro que me habíais prometido; por favor, realizadlo enteramente. Devolvédmela, ¿no es así, Aurelia, que vais á devolvérmela?

— No, respondió Aurelia con firmeza, no te la devolveré. Nini Moustache se levantó derecha como impelida por un resorte.

— No, repitió Aurelia, no te la devolveré.

— ¿Con que no me la devolverás? Pero en ese caso... ¡Oh! tú me harás pensar y me harás decir cosas...

— Dilas, contestó desdenosamente Aurelia, de tu parte puedo oír todo.

— Pues bien, te digo entonces que me causas tanto miedo ó más que M. Gigant, porque tú tienes su fuerza y quizás también su perversidad. ¿Qué quieres, en fin? ¿Qué deseas? Tu misión de rehabilitación es un cuento bueno para niños. Transformarse en Providencia, por nada, por el solo deseo de ser útil á los otros, es un sueño que no puede entrar en ninguna alma humana. Cada uno de nosotros va en busca de una ventaja, un capricho, una visión, el uno la fortuna, el otro el amor, el otro el honor. Y tú, tú quisieras hacerme creer... ¡ja, ja, ja! — Vamos, Aurelia, hablemos seriamente, devuélveme á mi hermana.

— No te la devolveré.

Y cada una de las palabras de esta frase cayó clara y cortante como una hoja de acero.

Nini Moustache dirigió una mirada en torno suyo, como para buscar una arma cualquiera, un puñal, un cuchillo olvidado, y lanzarse sobre Aurelia.

— No te la devolveré, repitió por la cuarta vez Aurelia, que no había perdido nada de su calma.

— Pero, en fin, ¿cuál es tu título? ¿Con qué derecho me robas á mi hermana? ¿Para protegerla? Y si yo no quiero que la protejas. ¿Es tu hermana ó la mía?

— Todas las mujeres son mis hermanas.

— ¡Oh! ya sé, me vas á repetir tu sermón hipócrita, pero ya no causa efecto, ¿entiendes? Yo quiero mi hermana, y tú me la devolverás.

Con espuma en los labios y aire feroz, se sentó.

Aurelia la echó una profunda mirada, — ¡qué mirada! — mirada de una compasión y mansedumbre infinitas. Y como Nini permanecía siempre sumergida en su silencio lleno de rabia sorda y de odio, vino á sentarse á su lado.

— ¡Celina, Celina! murmuró con voz suave y lastimera, ¿por qué me atormentas, tú, una de mis hijas de predilección? ¿No he tenido ya bastantes pruebas que sufrir? ¿No tengo bastantes luchas que sostener contra nuestros enemigos comunes, sin que tú misma, tú á quien yo he escogido para salvarte entre tantas otras que te se asemejan, vengas á atravesarte en mi camino como una piedra de escollo? Tú no me has lastimado, pobre niña, comparándome á M. Gigant; mi corazón ha recibido demasiadas heridas para que esta me sea sensible. No, tú no me has herido, pero me has afligido... Piénsalo bien, yo no tengo que decir más que una palabra, mas que hacer un gesto, para hacerte caer á mis plantas y pedirme gracia por las dudas injuriosas que has concebido, por los insultos que acabas de dirigirme. Pero no, pobre alma, á tí sola es á quien yo quisiera deber tu salvación. Escúchame, Celina, tú eres mujer, sabes distinguir el tono de la mentira del de la sinceridad; sabes cómo la voz vacila, cómo la mirada más audaz se desvía; pues bien, escúchame, mírame, y atrévete después á creer que yo miento.

Nini Moustache bajaba los ojos, subyugada por ese acento sincero; pero ese buen movimiento duró poco, y mirando á Aurelia fijamente:

— Devuélveme á mi hermana, dijo con voz sorda.

— Sea pues, exclamó Aurelia levantándose; ¡tú beberás hasta las heces el cáliz de amargura que yo quería evitarte!... Tú no crees en mi veracidad, yo te suministraré un garante, y tal garante que no podrás dudar de su palabra.

Y corriendo á una de las puertas interiores que abrió de par en par:

— Venid, señora, gritó, venid y perdonadme el mal que esta desgraciada me obliga á hacerlos.

Nini Moustache también se levantó ansiosa, pero volvió á caer anonadada en su sillón:

— Madama Jacquemin, murmuró.

¡Ah! era su pasado el que resucitaba, y durante este minuto, lo volvió á ver todo entero. A su padre, á su querido padre, sentado desde la mañana hasta la noche delante de su humilde mostrador de relojero, y á la pequeña Ursula, saltando á través del cuarto como un pajarito en libertad, y á Luis, al pobre Luis, tan trabajador, tan arreglado, tan amante, de quien debía una cuenta tan terrible á aquella madre.

Nini se había ocultado la cabeza en las manos para no ver el espectro vengador, pero Aurelia las separó con violencia.

— Mira, la dijo. Recibe el castigo de tu duda. Mi garante

ahí lo tienes. Ella cuyo hijo has perdido, y que no tiene confianza sino en mí para salvarle. Es la madre de Ursula, sí, porque en sus manos has abdicado todo tu poder sobre ella. Mientras que tú corrias las fiestas, olvidando en las orgías, anegando tu desesperación ficticia en torrentes de vino de Champaña, paseando tus cobardes dolores en carretelas de dos caballos, ella, sentada en su humilde hogar, cansaba sus pobres ojos para dar á Ursula el pan cotidiano que da vida al cuerpo, gastaba todos los tesoros de su corazón para darle el afecto que hace vivir el alma... Qué me hablas tú de tus derechos, qué me gritabas tú: ¡Mi hermana! ¡devuélveme á mi hermana! Esta, mucho más justamente que tú, puede decir de Ursula: Mi hija... Su hija, ¿lo oyes? y es á mí á quien la ha confiado.

Madama Jacquemin inclinó gravemente la cabeza.

Y abriendo sus brazos maternos:

— ¡Celina, hija mía! murmuró.

La pobre joven, vacilante, confusa, no esperaba más que esta palabra, que este ademán: se arrojó sollozando en sus brazos tendidos, y con la cabeza apoyada en el hombro de madama Jacquemin, no pudo pronunciar más que esta palabra:

— ¡Perdonadme!

Y volviéndose, con los ojos aun llenos de lágrimas, hacía Aurelia:

— Y vos también, perdonadme, Aurelia. — ¡Ah! teniais razón, era una prueba muy cruel la que queriais evitarme, y al mismo tiempo muy dulce. — ¡Oh! dejadme llorar. En esta hora no tengo ya dudas, no las tengo, y si volvieran, os prometo desecharlas en seguida. — Vos comprendéis bien; yo no podía saber, — estoy tan acostumbrada al mal; he permanecido en medio de los malos toda mi vida; en toda acción veo primero un motivo vergonzoso: ¿podía yo adivinar que había en el mundo seres que son todo perdon y todo abnegación? — ¡Oh! sí, señora, os creo, sois verdaderamente lo que decís, un ángel celestial enviado, descendido del cielo para compadecer nuestras miserias, sufrir nuestros padecimientos, rescatar nuestras faltas. Lo que hay de misterioso en vuestra manera de vivir, no quiero saberlo: estoy segura ahora. Ursula será mejor defendida por vos que por mí; y yo que os maldecía no hace más que un instante, en esta hora os bendigo.

— Y tienes razón, Celina, dijo con voz lenta y grave madama Jacquemin. En eso tu corazón te aconseja mejor que tu razón. Y para afirmarte contra tus desfallecimientos futuros, escucha esto, tengo derecho de afirmártelo, yo que conozco todos tus secretos. Cualquiera cosa que veas, cualquiera cosa que oigas, aun cuando tus ojos, tus oídos, tu razón la acusasen, duda de tu razón, da un mentís á tus oídos y á tus ojos, y di siempre:

¡Esta es una santa!

— Dí sencillamente, Celina, rectificó Aurelia asiendo la mano pendiente de Nini Moustache, ¡oh! sí, dí: ¡es una amiga mía! Y ahora, añadió en un tono de afectuoso reproche, ¿quieres que te devuelva á Ursula?

Nini Moustache no tuvo tiempo de responder, y la con-

versacion fué súbitamente interrumpida por la entrada de José.

Corrió vivamente á Aurelia y le dijo algunas palabras en voz baja.

Entonces, se vió á aquella mujer tan valerosa y tan fuerte, palidecer de repente, balbucear y apoyarse desfallecida contra el respaldo de un mueble.

Nini y madama Jacquemin se lanzaron hácia ella para sostenerla, pero ella, deteniéndolas con el gesto:

— Había esperado que este encuentro me seria evitado, exclamó; puesto que es necesario, que la voluntad de Dios se cumpla.

Su voz se fortificaba poco á poco.

— Podeis hablar alto, José. — ¿Deciais?...

— Que un hombre ha venido esta mañana varias veces á preguntar al portero los nombres de los inquilinos de la casa. El portero ha sido escogido por mí, es fiel, y no ha dicho nada. Pero el indiscreto pregunton anda rodando todavía en la calle, y este pregunton es M. Gigant.

— Me ha seguido, murmuró Nini Moustache.

— Está bien, dijo Aurelia, ordenad al portero que se deje seducir.

— ¿Lo pensais bien? exclamó José, ¿vos encontraros sola en presencia de ese hombre!...

Pero ella, con una pálida sonrisa:

— Dios me castiga, dijo designando á Celina con el gesto, he querido evocar sus recuerdos poco há, y hé aqui que los míos se me aparecen de repente. ¡Oh! ¡muy crueles, muy sangrientos recuerdos!... Pero no importa, yo sabré arrostrarlos, no me harán ni palidecer ni temblar... Entendeis, José, es menester que M. Gigant me vea, me hable, y que crea que únicamente por su destreza lo ha logrado. Dejádme sola, no obstante; antes de arrostrar esta odiosa entrevista, tengo necesidad de fortificar todo mi ánimo; no quiero que en mi rostro sorprenda un solo estremecimiento, un solo rayo vengador en mi mirada; quiero que no encuentre aqui mas que una alma de lodo, como la suya, una voluntad como la suya, invencible para el mal; con sus armas es menester combatirle.

Toma tus precauciones, Gigant; no es ya una victima la que vas á encontrar delante de tú, es una adversaria; no es ya Elena, es Aurelia.

Todos se habian alejado discretamente, y ella, amortiguando la luz demasiado viva, bajaba las cortinas para llenar el cuarto de un voluptuoso claro-oscuro, se sentó delante del espejo del tocador, y ensayó la mas seductora de sus sonrisas.

Media hora habia trascurrido durante estos preparativos.

La puerta se volvió á abrir, — una doncella trajo una tarjeta en un platillo de Sevres.

— M. Gigant, leyó Aurelia.

Y con voz clara, añadió:

— Que entre, ya le esperaba.

XI

EL ENGAÑO DE M. GIGANT.

El sonido de la voz de Aurelia habia removido en el corazon de M. Gigant una cuerda que desde hacia largo tiempo no habia resonado.

De pié, inmóvil, azorado, vacilante, parecia como que escuchaba en un pasado terrible y lejano el eco de esta voz.

Aurelia sin duda no queria que se acordase completamente, juzgaba á propósito sacarle su sueño; y empujando hácia él un sillón, repitió:

— Os esperaba, M. Gigant.

El tono con que pronunció esta frase era tan diferente del primero, que M. Gigant comenzó á reirse en su interior de su niñada; sin embargo, no sin matiz de asombro, repitió:

— ¿Me esperabais?

— Sin duda, dijo Aurelia, y ya veis que tenia razon en esperaros, puesto que habeis venido.

M. Gigant inclinó profundamente la cabeza como aprobando la irrefutable lógica de esta respuesta.

— Os esperaba, prosiguió Aurelia, exactamente por la misma razon que deseabais verme. Vamos, M. Gigant, — y adelantó su fina mano blanca y armada de uñas como una pata de gato, en la gruesa manga de M. Gigant, — no andemos con rodeos. En ese juego no sabemos ni uno ni otro cual de los dos seria el mas fuerte, y, os lo confieso por mi parte, con la estimacion que hago de vuestro valor, seria solo para defenderme como me empeñaria en una lucha cuya éxito ignoraria completamente. — Sin embargo, deseo tambien mostraros que no soy tampoco un adversario que deba desdeñarse ni poco, ni mucho. Vos no me habeis dicho todavía cuál es el motivo que me proporciona el honor de vuestra visita: ¿me permitiréis adivinar ó al menos conjeturar?

M. Gigant esperaba á ver venir. Se inclinó de nuevo en señal de asentimiento.

Hubo un breve silencio, que Aurelia rompió la primera.

— ¿Sois cazador, M. Gigant?

— Sí, sin duda alguna.

— Pues bien, ¿no os ha sucedido algunas veces en la caza encontraros enteramente desconcertado por los pasos insólitos de la pieza que perseguiais? En ese caso, os deteniais, llamabais á vuestros perros, y advertiais que la liebre, ó el venado, ó el jabali eran cazados por otra jauría al mismo tiempo que por la vuestra. Entonces, muy naturalmente, ¿no es verdad? tratabais de hacer conocimiento con el otro cazador, con el rival que pretendia lo mismo que vos, sin

que por eso, llegado el caso, dejaseis de procuraros el medio de entenderos con él y cazar en compañía, ó, si no os arreglabais, tratar de buscarle camorra con el objeto muy legitimo de cazar enteramente solo.

Pues bien, M. Gigant, hoy nos encontramos nosotros exactamente en la misma posición que esos dos cazadores. Perseguimos la misma caza: los millones de M. Matifay. Por eso, era muy evidente que, hábiles como somos uno y otro, llegaria un dia en que nuestros esfuerzos se harian la contra, ó, en fin, nos encontraríamos cara á cara, amigos ó enemigos.

Y hé ahí por qué habeis venido, mi querido M. Gigant, y por qué yo os esperaba.

— Queda por saber, dijo á su vez M. Gigant sonriéndose con su mas falsa sonrisa, si nos entenderemos ó no nos entenderemos.

— Espero por vos que nos entenderemos, replicó friamente Aurelia; pues, en caso contrario, la caza me escaparia quizás, pero muy seguramente vos no la cogierais.

M. Gigant se encogió de hombros.

— ¿Lo dudais?... Tened á bien concederme todavía cinco minutos de atencion y estoy persuadida de convenceros de la entera veracidad de mi afirmacion. Y desde luego examinemos, si os place, primero vuestro plan, bastante bien concebido en sus pormenores, pero que, en concepto mio, peca de una manera grosera en su desenlace... Empujar al conde de Puysaie á su ruina para que, desesperado, agobiado, haga de su hija una madama de Matifay y reuna así en la cabeza de la señorita Cipriana, hermana de Lillas, la fortuna de su madre y la del banquero, nuestra presa, era bien razonado. En eso, Nini ha sido para vosotros un instrumento excelente, y debo añadir que os habeis servido de él admirablemente. Pero hoy, el instrumento se os ha escapado. Ursula no está en vuestro poder, está en el mio. Ya veis que juego con naipes limpios. Convertios en mi aliado, y continúo vuestra tarea. Nini continúa su papel desmoralizador cerca del conde de Puysaie. Si no, os lo advierto, adios el casamiento. Dentro de dos dias, el conde se opondrá como se ha opuesto hoy su mujer.

— Oponiéndose está, murmuró M. Gigant, yo no sé para qué puede servirnos el consentimiento del conde.

— Esperad un poco, dijo Aurelia. Iba justamente á parar á eso. Comprendeis, mi querido señor, que convenia á mis intereses poner estorbos á vuestros planes, á fin de tener ocasion de deciros lo que hoy os digo: — partamos. — Con este objeto os he quitado á Ursula, y tambien con el mismo á la condesa de Puysaie, en el momento en que su presencia era indispensable para el éxito de vuestro plan.

— Entonces madama de Puysaie...

— Conozco su asilo; hay aun mas, si nosotros firmamos juntos la alianza que os propongo, dentro de dos dias, M. de Puysaie recibirá su consentimiento en regla para el casamiento de su hija. Queda Lillas.

— ¿Podriais volverla á encontrar? exclamó M. Gigant.

— Tanto mas fácilmente, replicó Aurelia con una sonrisa diabólica, que para mí jamás ha estado perdida.

No soy mas que una pobre mujer, M. Gigant, pero creedme, no carezco del todo de talento para hacer la caza á los millones.

Un rayo de desconfianza iluminó los ojos de M. Gigant.

— Si sois tan fuerte, dijo este, y si teneis tantos triunfos en vuestro juego, ¿qué interés os induce á buscar un compañero? ¿Por qué no perseguís enteramente sola los millones en vez de repartirlos con otro?

— ¿Por qué? preguntó Aurelia, porque os temo y prefiero teneros mas bien por aliado que por adversario. Luego hay ciertos pormenores de la vida pasada de M. Matifay, que ignoro, que tengo necesidad de conocer y de que vos solo podeis enterarme. Y en fin, como os lo decia al principio de esta entrevista, cazando cada cual aparte, nuestros esfuerzos se contrariarian sin duda alguna y la presa se nos escaparia á entrambos, mientras que, persiguiéndola de consuno, tenemos la certeza de cazarla.

— Eso me parece muy bien, dijo M. Gigant, que no queria entregarse todavía. Supongamos que acepto la alianza que me proponeis: entonces será menester combinar con vuestro plan, que ignoro, el mio que os parece defectuoso: ¿cuáles serian, pues, vuestras intenciones respecto á esto?

Aurelia aproximó su silla al sillón de M. Gigant, y mirándole cara á cara:

— Vos sois un hombre, dijo con ingénuo y cinica admiracion, el hombre que me hacia falta, así como yo, sin jactarme, soy la mujer que necesitais. Nosotros dos, M. Gigant, removeremos de arriba abajo, cuando queramos, esa sociedad apollada, nuestro enemigo comun. Para nosotros la fortuna, el lujo, la luz, el poder. Mas, para llegar á ese mágico resultado, hace falta que nosotros seamos fieles el uno y el otro, que no permitamos se deslice entre nosotros ninguna influencia exterior, que nuestro secreto quede entre nosotros dos solos. ¿Qué falta nos hacen cómplices codiciosos ó indiscretos, necios, es decir, inútiles, ó demasiado ambiciosos, es decir, llenos de peligros?

El primer sacrificio que os pido es el de Toimon y el del coronel Fritz.

— Pero, exclamó M. Gigant, el coronel es el padre de Lillas, y por consiguiente el solo medio de union entre nosotros y los millones de madama de Matifay (suponiendo que consigamos que Cipriana llegue á serlo algun dia). Entonces...

— ¿Entonces?... interrumpió Aurelia, ya os he dicho que vuestro plan era defectuoso en el desenlace y que nos seria necesario modificarlo. En mi plan no tengo necesidad sino de un cómplice, de vos. Así no hay traicion posible ni dificultades en la reparticion, ni rencores, ni cólera, cosas todas que atraen las miradas, ponen en accho los oidos, acarrear en fin la divulgacion y, por consiguiente, la ruina de las especulaciones mejor combinadas. Por complicidad, M. Gigant, entiendo una complicidad eterna, absoluta; la fusion de dos voluntades humanas en una sola, de dos ambiciones en una sola, de dos almas en una sola, no es posible sino entre un hombre y una mujer. Entre una mujer y